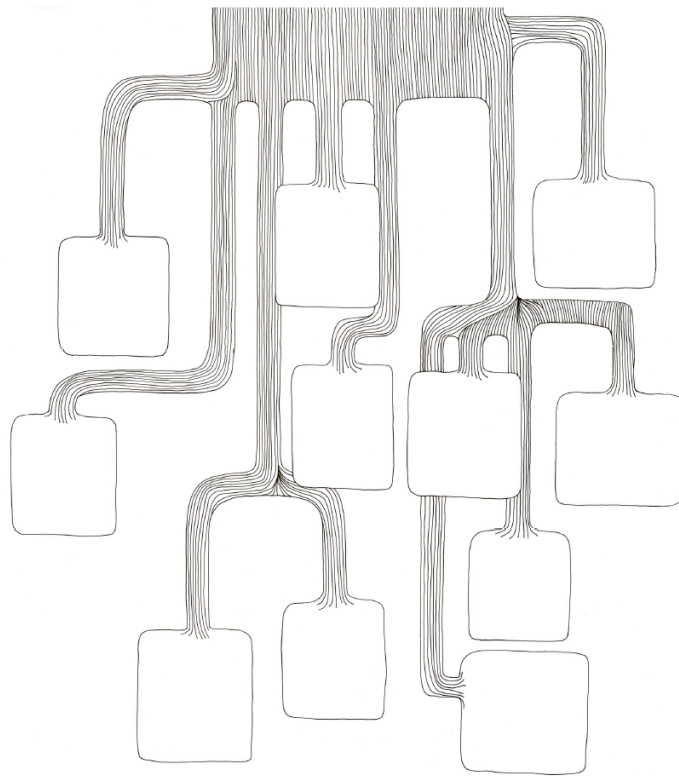


“¡Más mercado y menos estado!”



Mito 6. “¡Más mercado y menos estado!”



Desde que estalló la crisis financiera en el año 2008, no se ha dejado de hablar de los mercados. Pero en realidad, cuando aparece la palabra mercado en los medios de comunicación no se refiere a cualquier tipo de mercado, sino a los mercados financieros. Los mercados financieros son lugares –que no tienen por qué ser físicos- en los que se intercambian productos financieros:

Los tipos de mercados financieros y de títulos intercambiados son muy amplios. Los cuatro más importantes son deuda, acciones, divisas y derivados. Los títulos de deuda son emitidos por gobiernos (deuda pública) y grandes empresas (deuda privada) con la finalidad de financiar sus actividades; además, en estos mercados se convierten en títulos negociables los créditos concedidos por los bancos comerciales (como sucedió con los títulos asociados a las hipotecas *subprime*). En segundo lugar, en los mercados bursátiles se intercambian acciones emitidas por empresas que cotizan, cuya propiedad da derecho a una parte del beneficio de la empresa correspondiente (dividendos). En tercer lugar, en los mercados de divisas se intercambian unas monedas nacionales por otras. A este mercado acuden las empresas, los inversores, los bancos centrales o los hogares cuando necesitan comprar moneda extranjera para sus actividades. Por último, los mercados de productos «derivados» surgieron impulsados por aquellos agentes económicos que buscaban protegerse de posibles variaciones en los precios, los tipos de interés, los tipos de cambio de las distintas monedas o los índices bursátiles. Así, estos «derivados» se negocian tomando como base otros activos ya existentes (acciones, títulos de deuda, préstamos, divisas, etc.), sobre los que se establecen determinados contratos en función de su evolución futura.¹

Estos mercados en realidad están mediatizados por los bancos, es decir, por agentes financieros ya que estas entidades son las que concentran la mayor parte de los títulos, y también por las agencias de calificación o los inversores institucionales. Es decir, son estas entidades las que definen en sí mismas los mercados, porque son los que participan en él de manera masiva. La particularidad que tienen estos mercados con

¹ Medialdea García, B. (coord.), 2011, «*Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan. Once respuestas para entender la crisis*», Ed. Icaria.

otros de otro tipo es su tamaño, inabarcable y completamente disociado de la economía real:

Entre 1986 y 2004 el PIB mundial se multiplicó por tres y las exportaciones de bienes y servicios por cinco, mientras que las emisiones internacionales de títulos (deuda y acciones) se multiplicaron por siete, los préstamos bancarios internacionales por ocho, el intercambio medio de divisas por nueve, y el mercado de productos derivados por noventa y ocho, según datos de Bustelo (2007). [...]De este modo, la dimensión de estos mercados ha llegado a ser enorme, muy superior en ocasiones a la de la propia actividad productiva a la que supuestamente financian. Así, por ejemplo, a mediados de la década de 2000 el volumen de divisas negociadas en un solo día era sesenta veces superior a la cifra de importaciones mundiales diarias, y ochocientas veces superior al volumen de inversiones extranjeras directas que se efectúan en un día (Álvarez y Medialdea, 2010).²

De hecho, estos mercados tienen determinadas características que les hacen peculiares y, por su afán de desregulación, tiende a crear burbujas y a generar crisis financieras cíclicas como la que estamos sufriendo en estos momentos:

En teoría, los mercados financieros cumplen un papel esencial en una economía capitalista: facilitan que se encuentren agentes con necesidades de financiación (administraciones públicas, empresas u hogares), con otros que están dispuestos a utilizar sus ahorros para proporcionar a los primeros dicha financiación. De este modo, los títulos intercambiados en los mercados financieros son títulos que conllevan derechos futuros de cobro para quienes ponen a disposición de otros agentes sus ahorros. No obstante, los mercados financieros desregulados no se limitan a cumplir esta función, y presentan también una tendencia intrínseca a acumular «capital ficticio» y a generar burbujas desconectadas de la economía real que, al estallar, provocan graves crisis financieras.³

Sin embargo, normalmente se consideran a dichos mercados como entes abstractos que, de manera natural, contribuyen en el buen fluir de la economía financiera. Al menos, desde los medios de comunicación se acostumbra a informar sobre los mercados de manera abstracta. Pero esto no es así, los que se dedican a hacer ataques especulativos y manejan el funcionamiento de estos espacios financieros tienen nombres y apellidos y por supuesto mucho poder. Según la lista Forbes de las 2000 mayores corporaciones del mundo⁴, los grandes bancos están entre algunas de estas grandes corporaciones, con beneficios multimillonarios y con un inmenso poder en los mercados financieros.

Por ejemplo, el banco Citigroup⁵, estadounidense, que es la 14 mayor compañía del mundo, tiene un consejo de administración, de dirección, etc. que está formado por personas con nombres y apellidos⁶, y tiene a un máximo responsable, Vikram Pandit, un banquero que comenzó su carrera en Morgan Stanley. Algo parecido ocurre en el caso de JP Morgan Chase & Co., la segunda mayor compañía del mundo⁷, y el primer banco.

² [Ibíd.](#)

³ [Ibíd.](#)

⁴ [Ranking de la revista Forbes de las 2000 corporaciones más poderosas del mundo](#)

⁵ [Perfil de Citigroup en la revista Forbes](#)

⁶ [Personal director de Citigroup](#)

⁷ [Perfil de JP Morgan en la revista Forbes](#)

Su director general, James Dimon⁸. El Bank of America⁹, uno de los grandes bancos norteamericanos, se encuentra en la posición 83 de la revista Forbes. Su director general es Brian T. Moynihan¹⁰, el cual, antes de trabajar en el mundo bancario, trabajó como abogado para uno de los bufetes de abogados más importantes de Estados Unidos. Algo similar ocurre con Barclays¹¹, otro de los grandes bancos que manejan los mercados financieros, en este caso un banco británico. Es la compañía número 53 de la lista Forbes, y también son personas con nombres y apellidos las que forman su consejo de dirección¹². Exactamente lo mismo ocurre con otros bancos, como por ejemplo el Banco Santander, un banco español con enorme poder, que ocupa el puesto 23 entre las mayores compañías del mundo y es el octavo banco más poderoso del mundo. Además de su presidente, Emilio botín, se conocen los nombres del resto de miembros del consejo de administración, incluyendo en él a algún ex ministro de exteriores español¹³. Esto mismo podríamos decir de algunos de los mayores bancos del mundo, como el HBSC¹⁴, el Deutsche Bank¹⁵, el BNP Paribas¹⁶ o el BBVA¹⁷, el otro gran banco español.

En estos mercados intervienen un gran número de actores. Sin embargo, son unos pocos los inversores que concentran la mayoría de los activos, de las transacciones y, en definitiva, del poder. Estos son fundamentalmente los grandes bancos (bancos comerciales y bancos de inversión), los inversores institucionales y las agencias de calificación. Los grandes bancos comerciales, tanto americanos (Citigroup, JP Morgan Chase, Bank of America) como europeos (Barclays, UBS, HSBC, Deutsche Bank, BNP Paribas, Santander, BBVA), son quienes otorgan la mayoría de los préstamos utilizados para adquirir títulos financieros, además de realizar ellos mismos multitud de operaciones diversas y de emitir títulos propios que se negocian en los mercados. [...] Los inversores institucionales (fondos de inversión, fondos de pensiones, compañías de seguro y hedge funds) se sitúan también en el núcleo duro de los inversores financieros. Estos agentes gestionan activos de titularidad colectiva (propiedad de ahorradores, pensionistas o asegurados, respectivamente) a través de gestoras profesionales (vinculadas en muchas ocasiones con la banca). La magnitud de activos que gestionan estos inversores es espectacular, y tienen una enorme capacidad para determinar la evolución de los índices bursátiles, el valor de las divisas internacionales o el precio de la deuda pública de los distintos países. Según datos de la OCDE, en 2010 los fondos de inversión eran propietarios de 17 billones de euros, mientras que las compañías de seguros alcanzaban los 15 billones de euros y los fondos de pensiones los 13,5 billones. Estas magnitudes equivalían en ese año al 180% del PIB de todos los países de la OCDE.[...] Estos son los agentes que constituyen hoy día —junto con las agencias de calificación [...]— el núcleo duro del capital financiero internacional. En general, estos inversores se nutren del ahorro de las familias y, en particular, del patrimonio de las grandes fortunas, quienes han encontrado en ellos un vehículo privilegiado para incrementar su capital.¹⁸

⁸ [Personal director de JP Morgan](#)

⁹ [Perfil de Bank of America en la revista Forbes](#)

¹⁰ [Perfil de Brian Moynihan en wikipedia](#)

¹¹ [Perfil de Barclays en la revista Forbes](#)

¹² [Personal director de Barclays](#)

¹³ [Consejo de Administración del Banco Santander](#)

¹⁴ [Perfil de HBSC en la revista Forbes](#)

¹⁵ [Perfil del Deutsche Bank en la revista Forbes](#)

¹⁶ [Perfil del BNP Paribas en la revista Forbes](#)

¹⁷ [Perfil del BBVA en la revista Forbes](#)

¹⁸ Medialdea García, B. (coord.), 2011, op. cit.

Todos estos bancos hacen públicos los nombres de sus directores, al igual que lo hacen otras compañías que controlan los mercados, como por ejemplo las agencias de calificación o determinados fondos de inversión. De manera que podemos llegar a la conclusión de que cuando se habla de los mercados como algo abstracto se intenta perseguir un fin político concreto, que es no personalizar y diluir la responsabilidad concreta. Probablemente esto también cumple unos fines ideológicos, que es el de considerar a acciones humanas conscientes como hechos intrínsecos del sistema.

Uno de los debates centrales que se tratan sobre el funcionamiento de los mercados es su regulación o desregulación. La desregulación se considera uno de los aspectos fundamentales del capitalismo neoliberal, en donde supuestamente una mano invisible equilibra el propio sistema. Por el contrario, otros economistas y políticos piensan que una regulación se hace fundamental para que en los mercados se cumplan unas normas que impidan maniobras especulativas de alto riesgo que puedan traducirse a la economía real, produciendo enormes daños, como en el caso de la última crisis financiera que estamos sufriendo en la actualidad. El primer discurso es mayoritario entre los círculos de poder, ya que, de hecho, los mercados están muy desregulados, aunque hay gente que todavía pide mayor desregulación, como en el siguiente artículo publicado en Libertad Digital:

Los intervencionistas reclaman a menudo que hay que regular los mercados. Suelen mencionar el capitalismo salvaje, la ley de la selva, el todo vale. Tal vez entienden que lo no regulado no puede funcionar. Estas afirmaciones revelan una profunda ignorancia de lo que son y cómo operan y se autorregulan los mercados libres, que son órdenes espontáneos complejos que no pueden ser diseñados o planificados de forma coactiva y centralizada. [...] Los defensores de la regulación exógena por agentes coactivos (gobernantes, burócratas, tecnócratas) no suelen saber de lo que hablan. Proponen regular ámbitos que ya están regulados y en los cuales la intervención es la causa de los problemas. Omiten cuidadosamente los detalles acerca de los contenidos concretos de las normas que proponen, asumiendo que el regulador experto es sabio y bondadoso y ya concretará con acierto y sin posibilidad de error; ignoran que el planificador no tiene incentivos adecuados para acertar ni dispone del conocimiento disperso acerca de las circunstancias locales de cada uno.¹⁹

Este discurso está muy presente en determinados medios de comunicación. Sin embargo, llama la atención la obsesiva separación entre los mercados financieros y los controles públicos cuando en los últimos meses se han introducido de manera artificial en los mercados a través de la transferencia de fondos públicos de cientos de miles de millones de euros. Es decir, estamos viviendo un rescate financiero prácticamente a fondo perdido cuyas consecuencias, es decir, la disminución de fondos públicos, está produciendo, entre otros factores, los enormes recortes sociales que se están produciendo en la mayoría de países occidentales:

De acuerdo con el plan [...] TARP (Troubled Asset Relief Programa), el gobierno de EE.UU. iba a utilizar al menos 700.000 millones de dólares de dinero de los contribuyentes para comprar activos tóxicos, ahogando el sistema financiero.El

¹⁹ Capella, F., 2009, «[Regular los mercados](#)», Libertad Digital.

presidente Bush, sin embargo, no veía las cosas de aquella manera. Sostuvo que, en lugar de ser "socialista", el plan era simplemente una continuación del sistema americano de libre empresa, que se sustenta en la convicción de que el gobierno federal "debería intervenir en el mercado sólo cuando fuera necesario". Sólo que, en su opinión, la nacionalización de una gran cantidad del sector financiero fue una de las cosas necesarias. La declaración del Sr. Bush es, por supuesto, un último ejemplo depolítica doble lenguaje - una de las mayores intervenciones del estado en la historia humana se disfraza en un cotidiano proceso de mercado. Sin embargo, a través de estas palabras Bush expuso la base endeble en la que el mito del mercado libre se encuentra. Como revela claramente en la intervención, lo que es una necesaria intervención estatal en consonancia con el capitalismo de libre mercado es realmente una cuestión de opinión. No están definidos científicamente los límites de libre mercado. Si no hay nada sagrado acerca de los límites de un determinado mercado, un intento de cambiar es tan legítimo como el intento de defenderse. En efecto, la historia del capitalismo ha sido una lucha constante sobre los límites del mercado. Muchas de las cosas que están fuera del mercado hoy en día se han eliminado por decisión política, más que el proceso del mercado en sí mismo - los seres humanos, empleos gubernamentales, votos electorales, las decisiones judiciales, puestos universitarios o medicamentos sin certificado. Hay todavía intentos de comprar al menos algunos de estas cosas ilegalmente (sobornando a funcionarios gubernamentales, jueces o los votantes) o legal (utilizando costosos abogados para ganar un pleito, donaciones a los partidos políticos, etc.), pero, a pesar de que ha habido movimientos en ambas direcciones, la tendencia ha sido hacia una menor mercantilización.²⁰

Dejando a un lado todas estos debates alrededor de si el mercado debe estar desregulado, teniendo en cuenta las cantidades transferidas e incluso los bancos nacionalizados que se han producido, siguiendo aquella máxima de socialización de pérdidas y privatización de beneficios, algunos economistas intentan dejar claro que los mercados no son de una determinada manera ni funcionan de un método predeterminado, sino que los mercados funcionan de la manera que mejor nos parezca sesgados por nuestra visión ideológica y política:

Entonces, cuando un economista de libre Mercado dice que una determinada regulación no debería ser introducida porque sería una restricción a la "libertad" de un determinado mercado, esta meramente expresando una opinión política, en la que rechazan los derechos que son defendido por la ley propuesta. Su manto ideológico es pretender que su política no es en realidad política, sino una verdad económica objetiva, mientras que la política de los demás es política. Sin embargo, su motivación es tan política como la de sus oponentes. El primer paso para entender el capitalismo es romper con la ilusión de la objetividad del mercado.²¹

Los mercados, el casino de cualquier cosa

Uno de los problemas más serios de los mercados es que pueden especular prácticamente sobre cualquier cosa: existen mercados de alimentos, en donde los especuladores, en muchos casos de manera fraudulenta, juegan con los precios de los alimentos, con unas consecuencias literalmente vitales para más de la mitad de la población mundial y para los países en desarrollo exportadores. Existen mercados de

²⁰ Chang, H-J., 2012, «23 cosas que no te cuentan sobre el capitalismo. Ha-Joon Chang», Ed. Debate.

²¹ *Ibíd.*

divisas, mercados de valores donde se venden los bonos de deuda pública de los estados y en los cuales también especulan aumentando la pobreza de los países. Las causas de la crisis estuvo en los mercados de productos derivados, donde se vendían las hipotecas subprime. Pero últimamente incluso ha aparecido un nuevo mercado aún más macabro, en donde se juega con la vida de las personas. Son mercados en los que los inversores pueden apostar si un grupo de personas sobrevive o no: si mueren, ganan ellos, si sobreviven, gana la banca:

El planteamiento del fondo DB Life Kompass 3 (Deutsche Bank brújula de vida 3) es extremadamente simple: si la persona de referencia vive de forma más prolongada, gana el banco, pero si muere prematuramente, gana el inversor. En las dos emisiones lanzadas hasta ahora se ha generado una inversión que ronda los 200 millones de euros. [...]La diferencia es que en este caso Deutsche Bank no vende póliza de seguro alguna, sino unos certificados basados en una estadística referida a la historia clínica de 500 estadounidenses de entre 70 y 90 años. Según el abogado Lange, que representa a uno grupo de unos 30 inversores, el banco ha utilizado además unas tablas de esperanza de vida obsoletas que perjudican a los compradores.²²

¿Soluciones?

Llegados a este punto, parece que los mercados estos entes que tienen tanto poder, son indisociables a las sociedades, economías y países actuales, sin remedio ni solución posible. Sin embargo, muchos economistas llevan muchos años aportando soluciones concretas ante la llamada “dictadura de los mercados”, tanto en foros económicos, como en revistas de divulgación y otros canales de comunicación social:

Suele argumentarse que la dictadura de los mercados es infranqueable. Se sostiene que si un país optara por instaurar controles de capital que entorpecieran la especulación, o una normativa laboral favorable a los trabajadores, los inversores lo abandonarían prefiriendo destinos más atractivos. Sin embargo, la UE brinda un escenario propicio para instaurar este tipo de medidas. Pensemos que casi el 70% del comercio exterior de los países de la Unión tiene como destino un país europeo. La competitividad externa que principalmente afecta a los países de la UE, por tanto, reside en el propio continente. Por eso sería perfectamente viable, además de necesaria, la creación de un espacio económico europeo basado en la cooperación entre sus miembros: en lugar de competiciones a la baja —rebajas fiscales, recortes salariales, alargamiento de la edad de jubilación, ausencia de control al capital financiero, etc.—, un espacio europeo que funcionara de forma conjunta y coordinada, no basado en una competición destructiva y cortoplacista frente al país vecino, podría aplicar medidas de signo completamente opuesto.²³

De hecho, un proceso integrador y participativo podría llevar a que a través de una mayor regulación de los mercados por parte de los estados y el poder público se corrigieran la mayor parte de los efectos negativos que estamos sufriendo actualmente en medio de la actual crisis financiera, introduciendo controles, gravando las transacciones y graduar el proceso de liberalización, con el fin de revertir el proceso de financiarización de la economía:

²² El Mundo, 07/02/2012, [Deutsche Bank permite a sus clientes apostar por la muerte de los ancianos.](#)

²³ Medialdea García, B. (coord.), 2011, op. cit.

En particular, una verdadera integración económica entre los países de la UE permitiría instaurar un modelo laboral y de derechos sociales convergente al alza. Frente al problema del desempleo, se podría reducir la jornada de trabajo (sin reducción salarial) y acortar la vida laboral, de forma que el empleo existente (y con él, el ingreso) se repartiera de forma más equitativa. Un reparto más equilibrado del trabajo remunerado permitiría, además, una distribución también más justa de los trabajos no remunerados (trabajo doméstico y de cuidados). El salario mínimo debe ser suficiente para garantizar un nivel de vida digno, por lo que se impone su equiparación a escala europea, tomando como referencia los niveles más avanzados. Una vez recuperada la capacidad para tomar decisiones económicas, y desactivado el mecanismo de competencia salarial actualmente vigente entre los países de la UE, sería posible revertir el proceso de ajuste salarial que lleva más de tres décadas en marcha y que se ha profundizado con la crisis. De esta forma, los costes asociados a la crisis se distribuirían de forma equitativa, recayendo sobre sus responsables y permitiendo a la población trabajadora recuperar su capacidad adquisitiva y los derechos económicos y sociales que le han sido recortados en los últimos tiempos. Estos serían pasos fundamentales que podrían servir como punto de apoyo a partir del cual avanzar hacia una sociedad verdaderamente democrática desde el punto de vista económico.²⁴

Bibliografía consultada:

- Chang, H-J., (2012), *23 cosas que no te cuentan sobre el capitalismo*. Ed. Debate.
- Medialdea García, B. (coord.), 2011, *Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan. Once respuestas para entender la crisis*, Ed. Icaria.

Para saber más:

- Torres López, J. (2011), *Contra la crisis, otra economía, otra forma de vivir*, Ediciones HOAC, Madrid.

Para ampliar información puedes consultar: www.uva.es/cooperacion

Proyecto realizado por:



Con el apoyo de:



²⁴ *Ibíd.*